

NUESTROS AMIGOS LOS LIBROS

Conferencia pronunciada por el doctor Carlos Páez de la Torre (hijo) en el Círculo de Armas, en la inauguración de su biblioteca, el 11 de Abril de 2005



Círculo de Armas
Buenos Aires, 2005

Tal vez me equivoque, pero no me parece demasiado impertinente empezar esta conversación (que sería pomposo titular conferencia), con un pequeño *intermezzo* personal. Nací en la clínica Marini, de la esquina Santa Fe y Aráoz, en esta ciudad de Buenos Aires, cuando comenzaba el caluroso diciembre de 1940. Mis padres, tucumanos, suponían que tener un hijo en su ciudad era demasiado arriesgado. Y así fue como, desde 1939 hasta 1946, hubo que trasladarse a esta ciudad un mes antes de los cinco partos porteños de mi santa madre, que se completarían con otros tres en Tucumán, hasta 1955. Después, pasé aquí todo el año 1961, lo que me hizo estrechar amistades que quedaron prendidas a mi corazón. La primera de ellas, con Diego Herrera Vegas, cuando ambos teníamos el pelo oscuro y suponíamos que el horizonte nos reservaba triunfos infinitos.

Estos renglones autobiográficos sirven para explicar varias cosas. La menos importante, es que el nacimiento en Buenos Aires sirve para declararme porteño o tucumano, según lo que en ese momento me convenga. La importante, es que ese nacimiento me ha deparado una profunda simpatía por todo lo que se refiera a esta magnífica ciudad, a la cual vuelvo siempre que puedo. Las sesiones de la Academia Nacional de la Historia me han permitido, estos últimos tres años, disfrutar de una semana porteña durante cada mes tucumano. Les aseguro que eso le hace mucho bien a mi espíritu,

siempre agitado -como el de todos- por esas tempestades que son inevitables en el tiempo que nos tocó vivir.

Y entre las cosas gratas que me han deparado estas mensuales vacaciones, está el haber conocido el Círculo de Armas, gracias a la amistad y generosidad de Jorge Otamendi y de Diego Herrera Vegas. Me he sentado varias veces en su mesa, tan cordial, y he tenido el honor de dar aquí, hace pocos años, una charla sobre Nicolás Avellaneda, a la que muchos de ustedes deben haber asistido. Ha hecho impacto en mi espíritu este ambiente señorial, esta especie de isla instalada nada menos que en la calle Corrientes, cuyo diario y grosero trajín constituye la antípoda de la atmósfera que este edificio preserva como por milagro.

Comprendí entonces cuánta razón tenía el doctor Julio Roca, cuando, en el cincuentenario del Círculo de Armas, lo describía con palabras inolvidables, que ustedes conocen pero que es bueno repetir. "Imperó en sus salones el culto del buen tono, e impuso sus pragmáticas el refinamiento", decía Roca. "Si la afición a las cosas delicadas y preciosas que brinda la tierra tendieron con frecuencia la mesa cordial y suntuosa, ella fue redimida de su venial pecado por la alegría juvenil, por las galas del buen decir, por el móvil sano y levantado de la ofrenda. Sus puertas estuvieron siempre abiertas para brindar hospitalidad a los pensadores, a los artistas, a los políticos, a los señores de otros suelos llegados a

a estas playas". Y afirmaba Roca que fue una escuela de civilidad y de cultura; y que el mismo roce de las ideas, de los intereses y de los sentimientos, edificó en este ámbito una magnífica lección de tolerancia.

Por todo eso, es que me complace, mucho más allá de lo que ustedes imaginan, hablar otra vez, esta noche, en el Círculo de Armas de Buenos Aires.

Y seguiré hablando en primera persona. Decía Paul Groussac, de acuerdo con Pascal, que la primera persona, el "yo", es algo odioso. Pero advertía también que era posible disimular esa característica, si se usaba el "yo" sin afectación ni disimulo, como algo natural. En este caso, me parece que es el registro apropiado para esto que quiere ser una confidencia, un transmitir de cosas sentidas y leídas, más que otra cosa.

Esta noche, el Círculo de Armas inaugura el nuevo local de su biblioteca. Me parece la mejor de las medidas. Nunca he recorrido su fichero, y sólo he mirado rápidamente los lomos de los libros, un par de veces. Me ha sido suficiente para notar que este conjunto está especializado en memorias, de argentinos o de extranjeros.

Incluso he divisado las famosas -y por demás extensas- del Duque de Saint Simon: dudo que en Buenos Aires haya otra edición completa. De más está decir ese género literario es un maravilloso material. Siempre he pensado que nada hay más vívido que las memorias. Aunque su autor trate de ponerse en primer plano, o quiera teñirlas con algún

tipo de tendencia o de ideología, la condición de testigo, la "certificación presencial", excede todo eso, y nos entrega un testimonio de su tiempo y de su clima que es imposible de sustituir. Groussac citaba aquella frase de La Fontaine: "Diré: y estuve allí, tal cosa me ocurrió, y creeréis que os ocurría a vosotros mismos"...

Pero, de memorias o de lo que fuere, se trata de libros. El club, con este acto, ha dado valor a los que tiene. Y eso es un motivo de franco regocijo para quienes creemos que, por encima de la televisión y de los prodigios de la electrónica, el libro sigue siendo la más fascinante y eficaz herramienta cultural que el hombre ha creado, a lo largo de su sobresaltada historia sobre este planeta.

Desde que se pobló la actual Argentina, los libros tuvieron presencia entre nosotros. Esa presencia fue, sin duda, escasa en el equipaje de la mayoría de los conquistadores y guerreros de los siglos XVI y XVII. Pero había frailes, abogados y personas instruidas que tenían, como tesoro, tomos que trajeron consigo o que les llegaron de la lejana Europa. En los inventarios de las testamentarías coloniales suelen aparecer libros que resulta sorprendente hallar, sabidas las innumerables cortapisas que imponía la Inquisición. Cerca de mil títulos había en el convento jesuita de San Miguel de Tucumán (y estoy hablando de una ciudad a 1200 kilómetros del puerto), cuando en 1767 el rey Carlos III decidió expulsar a la Compañía de sus dominios.

Sabemos que la imprenta tuvo un arribo tardío al Río de la Plata. Mientras en México se introdujo una en 1538, y otra en Lima en 1581, recién en 1700 llegaron los trastos gráficoSa estas tierras; y no a Buenos Aires, sino a las misiones jesuitas del Alto Uruguay y del Alto Paraná. En 1766 tuvo imprenta Córdoba, pero quedó arrumbada un año después, al ser expulsados sus dueños, los jesuitas. Es la que el virrey Juan José de Vértiz traería a Buenos Aires en 1779, cuando creó la Real Imprenta de los Niños Expósitos. Después habría que esperar unas tres décadas. Ya en la época de la revolución, la primera provincia que tuvo imprenta, traída por el general Belgrano, fue Tucumán, en 1817. Siguieron Santa Fe, en 1819; Mendoza, en 1820; Salta, en 1824; San Juan, en 1825 y al año siguiente La Rioja; San Luis, en 1848 y Catamarca, recién en 1856.

Pero no podía contarse, por cierto, con libros estampados en esas prensas toscas, que muchas veces dejaron de funcionar porque el plomo de su tipografía se usó para fundir balas. Apenas eran capaces de editar hojas sueltas y uno que otro folleto, de esos hoy tan buscados por los coleccionistas.

Los libros venían de otras partes, y a nadie importaban demasiado. En Chile, según evoca Rafael Alberto Arrieta, la oferta estaba constituida por "libros de práctica religiosa, tomos truncos, volúmenes casuales que el exportador europeo solía incluir en sus cajones de mercaderías diversas, como

muestra, o como relleno de un hueco, o con ambos fines a la vez". Solían exhibirse en las pulperías "entre comestibles y botellas, o entre utensilios y trapos".

Pero ya había aparecido ese particular cultor del libro que es el bibliófilo. Como todos lo sabemos, el bibliófilo puede ser, además, un lector. Pero puede ser solamente bibliófilo, esto es adorador del libro como objeto. En "El Club Dumas", esa amena novela de Pérez Reverte, aparece este tipo de personaje, que es capaz de matar por una edición antigua. El bibliófilo es un experto en formatos, en tipografías. Sus libros no están en rústica sino "en piel o en pergamino, antiguos volúmenes con clavos en las tapas, infolios, elzevires, encuadernaciones con gofrados, bullones, florones, cierres, lomos y cantos con letras doradas o caligrafiados en los 'scriptorios' de monasterios medievales". Es el que recorre las librerías con "una regla de medir en la mano", a la búsqueda de tomos que no han sido injuriados por el cortapapel, ni por los "encuadernadores de guillotina fácil". Es el que sabe lo que quieren decir palabras como "diente de perro", "proporción áurea" o "encuadernación en abanico". Para el bibliófilo, no existen las reglas de la moral convencional, y es capaz de robarse un libro sin remordimiento alguno. Es gente dispuesta "a pagar mucho dinero por productos escasos". "Chacales de Gutenberg, piratas de las ferias de anticuario, sanguijelas de almoneda, son capaces de vender a su

madre por una edición príncipe", los describe Pérez Reverte.

En los tiempos de la colonia, hubo lectores que armaban su biblioteca con la pasión y con el conocimiento de bibliófilos. Las cartas de don Ambrosio Funes, el hermano de Deán, por ejemplo, revelan con cuánta puntiliosidad y sapiencia el alcalde cordobés encargaba sus libros a España, y cómo sabía valorar la elegancia de las tipografías, o el primor de las encuadernaciones.

Después de la Revolución de Mayo, los aires de libertad permiten el ingreso de muchos libros a la capital. Quien no lee entonces, es porque no quiere. En septiembre de 1810, la Primera Junta ha fundado la Biblioteca Pública de Buenos Aires, que es hoy la Biblioteca Nacional. Su base fueron los libros que la Curia tenía donados por el obispo Azamor, más los del Real Colegio de San Carlos. Además, las bibliotecas particulares que le trapasaron Manuel Belgrano, el médico Miguel O'Gorman, la señora de Labardén, el doctor Agüero, entre otros. La gente donaba, además, dinero. Juan Larrea, vocal de la Junta, donó el libro para registro de las donaciones "forrado en tafilete y grabado en ambas caras con guarniciones de oro", que se utilizó durante más de medio siglo.

Pocos años más tarde, han de aparecer los grandes bibliófilos que registra la historia de esta afición entre nosotros. Basta con citar a tres: el general Bartolomé Mitre, el doctor Juan María Gutiérrez y el

salteño Gregorio Beeche quien, aunque se radicó en Chile, mantuvo perenne contacto con sus colegas de la Argentina.

Ellos vivían en un mundo bibliográfico. Se decía que Mitre había leído todo libro que llegaba a Buenos Aires, hasta pocos años antes de morir. Adoraban los libros y hablaban de ellos. Charles Nodier, el famoso bibliófilo, decía que "después del placer de poseer libros, no hay otro más dulce que el de hablar de ellos". La correspondencia de Mitre, de Gutiérrez, de Beeche, está llena de noticias sobre ejemplares raros y curiosos, sobre oportunidades de compra, sobre precios, sobre hallazgos, así como lamentos sobre aquella presa bibliográfica que se les escapó.

Apunta Rafael Alberto Arrieta que no había carta de estos hombres donde no se mentara, en algunas líneas, el tema de los libros. "Hablan de sus bibliotecas como de instituciones públicas, a renglón seguido de referirse a la actividad de sus países, a los conflictos internos y externos, a los problemas continentales". Y cuando alguno de los actores, en sus alternativas políticas, ve que "se eclipsa su estrella", los otros se apresuran a recordarle que le queda el consuelo de sus libros, el oasis de su biblioteca. "Tenían, por cierto, ese refugio. El vocerío de las contiendas se ahogaba entre los anaqueles colmados, donde sólo el pensamiento de los tiempos vibraba con vitalidad permanente y daba su latido regulador al taller silencioso", escribe Arrieta.

Hoy, que es tan fácil conseguir un libro, resulta difícil imaginarnos lo que era hacerlo, allá por la segunda mitad del siglo XIX. Paul Groussac cuenta que una mañana estival de 1875, cuando iba a caballo de Tucumán a Salta, “la diligencia me alcanzó en la posta del río Las Piedras. El conductor me entregó un paquete de libros, envío de Buenos Aires, que acomodé en mis alforjas. Seguí viaje hasta Chilca y fue allí, después de churrasco en lo espeso del monte, donde saboreé a la siesta, debajo de un umbroso mistol, el exquisito y artificioso *Esfinge* de Feuillet, triunfo reciente de Sarah Bernhardt en la Comedia Francesa”.

Agregaba Groussac que “tales encuentros no eran raros. Transmitía mis instrucciones -dice- al corresponsal de Buenos Aires, calculando las fechas y las direcciones con precisión de matemático y refinamiento de sibarita intelectual, para recibir las novedades más flamantes en una aldea de Cuyo o en un tambo de Bolivia. Había, además, hallazgos casuales. La erupción educativa de Sarmiento había derramado a millares los cajones de libros de toda laya e índole, por el territorio argentino. Cualquier lugarejo provincial tenía su biblioteca popular contigua a la escuela”.

Los paquetes de libros serían muy importantes para el espíritu, pero para el habitante de las campañas constituían una “alimentación un tanto imprevista”. Esa “mercadería sin dueño se dispersaba allá y acá, quedando en poder de quien la pedía. Las obras en

español, francés, inglés, algunas valiosísimas, estaban tiradas en las pulperías. En una escuela de Jujuy se me fueron los ojos tras una edición de Platón que no he vuelto a hallar en el país. Y fue un poco arriba de Abra Pampa, cerca de Yavi, donde, por cuatro chirolas bolivianas, adquirí en el mismo rancho un excelente cordero mamón y un tomo descabalado del *Thèatre complet*, de Alejandro Dumas hijo"... Como resultado de todo este trajín, habían quedado en Groussac sensaciones extrañas. Los libros se confundían con el ambiente en el cual los conoció. Y así, décadas más tarde, cada vez que abría el *Middlemarch* de Eliot, volvía a su nariz el "humo acre y sulfuroso" que salía de las minas de El Pilciao, en Andalgalá, donde lo había leído por primera vez, hacía treinta años.

Para terminar con esta superficial mirada histórica, digamos algunas pocas cosas más. No debe olvidarse, en la materia, la aparición del *Boletín Bibliográfico Sudamericano*, que publicó entre 1870 y 1871 el benemérito Carlos Casavalle. O del celebérrimo *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, de Miguel Navarro Viola, que se editó durante cinco años, a partir de 1880. En 1923, aparece la Sociedad de Bibliófilos. Enrique Arana, Ramón J. Cárcano y su hijo Miguel Ángel, José María Bustillo, Ernesto Celesia, Antonio Dellepiane, Marcelino Herrera Vegas, Carlos Ibarguren, Paul Groussac, Alejo González Garaño, Abel Chaneton, están entre sus miembros.

Pero ya por entonces los libros fluyen a raudales. Tanto vienen de Europa como se editan en el país y en América. Ya está la lectura al alcance de todos. Quien quiera leer, no tiene más que entrar a alguno de los cientos de negocios que ofrecen esa mercadería que resultaba tan difícil de adquirir, décadas atrás.

Cuando se habla de lectores, hay que distinguir una serie de categorías diversas. Desde ya que dejamos de lado los que tienen obligación de leer. Es decir, los profesores de literatura, los críticos literarios, los ensayistas, los historiadores. Habemos de los otros, los que no leen nunca. Yo tenía un amigo - encantador y buenísima persona- médico de profesión, que se jactaba de no haber leído nunca en su vida libro alguno que no fuera los que le impuso la Universidad durante la carrera y, luego de recibirse, los que tenía obligación de consultar para no desactualizarse.

Están los que leen de vez en cuando, si algún título los atraca: generalmente porque lo han visto en la lista de *best sellers* de los domingos, en *La Nación*; o mentado por televisión en algún programa cultural. Se trata generalmente de novelas, o de algún tremebundo y agorero ensayo sobre la marcha de este país hacia su ruina, o de esas biografías noveladas cuyo propósito es hacernos descubrir las hazañas de dormitorio de los próceres.

Está el frenético consumidor de libros. Alguien que lee compulsivamente sobre cualquier tema, cada vez

que un impreso cae en su mano. Por lo general, después de haberlo leído, el libro carece de interés para él. Lo presta con tranquilidad y nunca lo reclama, o lo regala.

Está la persona a quien le gusta leer, y le gusta también guardar sus libros. Es decir, armar una biblioteca, generalmente de contenido variado. Y, por supuesto, está el bibliófilo, del que hablamos más arriba. Muchas veces es, simultáneamente, un lector; pero también puede no serlo. He tenido la suerte de visitar a veces el santuario de los bibliófilos, donde uno no sabe qué admirar más, si el conjunto de libros o el amor que les profesa.

Porque, digamos de paso, el cariño a los libros puede adquirir características conmovedoras. Un gran tucumano, gran lector y gran bibliófilo, el doctor Ernesto Padilla, estaba prácticamente ciego, en sus últimos años. Uno de sus sobrinos me contó que, a veces, le pedía prestada la primera edición de algún tomo que había leído en sus buenos tiempos. Le aclaraba que no se lo pedía para leerlo, porque le era imposible. Quería siquiera tocarlo, tenerlo entre las manos, sentir su olor...

Estamos acá frente a una biblioteca, a una buena biblioteca. La han puesto ustedes en un ambiente confortable y cómodo, donde todo invita a la lectura. El silencio, la buena luz, el asiento cómodo. ¿Qué escenario más apto puede haber para internarse en esas páginas impresas, que siempre tienen algo para

enseñarnos? ¿Cómo podría reemplazar alguna vez, la imagen electrónica, a ese desafío a la imaginación que constituye el acto de leer?

Nicolás Avellaneda dijo muchas cosas sobre los libros, que me gustaría que compartamos por unos minutos. Decía, que "cuando oigo decir que un hombre tiene el hábito de la lectura, estoy predispuesto a pensar bien de él". Eso porque leer "es mantener siempre vivas y despiertas las nobles facultades del espíritu, dándoles por alimento nuevas emociones, nuevas ideas y nuevos conocimientos. Leer es multiplicar y enriquecer la vida interior".

Pero, por sobre todo, pensaba que leer es "asociarse a la existencia de los semejantes: hacer acto de unión y de fraternidad con los hombres". Porque el que lee, "aunque se halle confinado en una aldea, vive del movimiento universal, y puede decir que nada de lo humano le es indiferente".

Pensaba el ilustre tucumano que "la lectura fecunda el corazón, dando intensidad, calor y expansión a los sentimientos. Los egoístas no practican en general la lectura, porque pasan la vida en la árida contemplación de sus intereses personales. No sienten la necesidad de salir de sí mismos y estrecharse con los demás. Las personas indolentes no leen. Pero ¿qué son el ocio y la indolencia sino las formas plásticas del egoísmo?".

"Los placeres sociales encantan al hombre, pero no siempre vienen a su encuentro, ni dependen de su

voluntad. Entretanto, los placeres que proporciona la lectura son de todo tiempo y de cualquier lugar, y son los únicos que podemos renovar a nuestro capricho”.

Además, “la lectura es poderosa cura para los dolores del alma. Montesquieu escribió, en sus *Pensamientos*, que jamás tuvo un pesar que no olvidara después de una hora de lectura. El libro es enseñanza y ejemplo. Es luz y revelación. Fortalece las esperanzas que ya se disipaban. Sostiene y dirige las vocaciones nacientes que buscan su camino a través de las sombras del espíritu o de las vicisitudes de la vida.”

“El libro da a cada uno el testimonio de su vida íntima. Es el confidente de las emociones inefables, de aquellas que el hombre ha acariciado en la soledad del pensamiento y más cerca de su corazón”.

Esto decía Avellaneda en 1870, cuatro años antes de iniciar su atribulada presidencia. Casi cuatro décadas después, otro tucumano, el ilustre Juan B. Terán, hacía también reflexiones certeras sobre este tema.

Recordaba que los antiguos experimentaron el sentimiento de la amistad. Sobre la amistad escribieron los filósofos y los literatos: Aristóteles, Plutarco, Aulio Gelio, Cicerón y tantos otros. Los modernos no conocemos la amistad en esa forma remota. “Pero en cambio tenemos el libro, que es una creación moderna, que encierra una fuerza

moral semejante a la amistad, de fidelidad y fortaleza. Es el símbolo más perfecto de algo que los antiguos no conocieron, que es la confraternidad humana, pues envuelve en la onda de la misma emoción y ajusta al ritmo del mismo pensamiento, espíritus separados por distancias de siglos y de hemisferios”.

Lord Macaulay tenía una bella apreciación. “El tiempo pasa, la fortuna es inconstante, los vínculos que parecían firmísimos se desatan cada día (por interés, por emulación, por capricho). Pero nada puede cortar nuestras relaciones formadas a través del libro. Esas relaciones misteriosas y puramente del alma con los grandes ingenios que los escribieron. Es un amistad tranquila del espíritu, un amor acendrado de la inteligencia. Iguales y constantes lo mismo en la grandeza que en la miseria, en la gloria que en la oscuridad. Y por eso Platón no es desapacible nunca; ni Cervantes insolente; ni Demóstenes inoportuno; ni Dante molesto, ni hay divergencia política que nos pueda enojar con Marco Tulio, ni herejía que haga odioso a Bossuet”.

El libro cumple, además, “una misión de justicia universal. Ya no es la muerte lo único que iguala al labriego con el monarca.” Es el libro, que tanto el labriego como el monarca pueden leer, “lo que nivela las condiciones y las suertes”.

Y podemos agregar que el libro puede también acompañar al hombre en ciertas instancias supremas

y terribles de la vida. Pensemos que Leopoldo Lugones, cuando tomó ese siniestro cuartucho en El Tigre donde planeaba envenenarse, en febrero de 1938, llevaba en sus manos, como único equipaje, un ejemplar de *Los que pasaban*, de Paul Groussac. Es como si hubiera querido que aquella obra maestra (tan llena a la vez de ternura, de elegancia y de escepticismo, todo envuelto en estilo inimitable), fuera la última literatura sobre la que valía la pena posar los ojos, antes de cerrarlos para siempre.

El año pasado, en el Teatro Colón, se realizó el Septuagésimo Congreso de Bibliotecas e Información. Creo pertinente rescatar lo que dijo, en esa oportunidad, el escritor Tomás Eloy Martínez. "Los hombres siguen buscando, en los libros, ese aliento de eternidad que pareciera no estar en otra cosa. El libro ha sido siempre no sólo una celebración del conocimiento sino, ante todo, de la vida. ¿Qué significa celebrar la vida en estos tiempos de integración de los mercados, las finanzas y la tecnología? Significa celebrar los valores que definen lo mejor del espíritu humano. Todos seguimos, como quería Borges, imaginando al Paraíso bajo la forma de una biblioteca".

Dentro de pocos días, se inaugura la Feria del Libro de Buenos Aires. Es un acontecimiento ya incorporado al calendario cultural de esta ciudad y de todo el país.

Mucha gente viaja desde los más distantes puntos de la Argentina, para asistir a esa gran fiesta. Estoy

seguro de que constituirá, como es inveterada tradición, una jornada de mayúscula importancia cultural. Sus ámbitos recibirán, una vez más, un torrente de visitas, por cierto multiplicado (recuerdo que a la primera feria acudieron 140.000 personas, y en la del año pasado, sumaban 1.200.000). Mucha gente que no suele mirar ni la vidriera de las librerías, comprará libros con ocasión de la Feria, como quien cumple un deber frente a tanta bibliografía desplegada y disponible. Menudearán las conferencias, los paneles, las presentaciones, la firma de ejemplares por autores famosos. En fin, todo lo que es habitual.

Pero el brillo de la Feria del Libro, no debe ocultarnos otros datos referidos al asunto que la congregó, y que denuncian cierta lamentable realidad de la Argentina de hoy.

A fines de marzo, la prensa nacional difundió un informe de la Cámara Argentina del Libro. Allí se expone que cerca del 30 por ciento de la población escolar de la Argentina (que suma 10.700.000 jóvenes), no llega a leer un libro por año. No es raro que así ocurra, si pensamos que se esfuma a toda velocidad esa actitud de respeto por la letra impresa que solía ser característica de los argentinos, desde que empezaban a instruirse. Décadas atrás, inclusive en las casas de familia de modestos recursos, los progenitores hacían el sacrificio de adquirir obras de referencia, o textos consagrados, que pagaban en cuotas, con el propósito de que sus hijos contaran

con un material que les permitiría acceder a los niveles superiores de la cultura.

En las escuelas primarias y secundarias, además, la lectura directa del libro integraba el aprendizaje obligatorio. Como resultado, el libro distaba de representar un elemento extraño para el joven. Y si bien no todos se convertían posteriormente en lectores, por lo menos sabían que, encerrado en esos volúmenes, yacía un caudal de conocimiento en el cual era fructífero internarse.

No debe atribuirse exclusivamente al auge de la televisión y de las computadoras, el desapego actual del joven y del adulto respecto del libro. Sabemos ciertamente que éste brinda algo que aquellos otros medios, por maravillosos que sean, no pueden ofrecer de la misma manera. Lo que ocurre es que pocos ingresan, de manera voluntaria, en un camino cuyas bondades y ventajas no le hayan sido inculcadas en la época en que inició su formación.

Y, para peor, nos encontramos inmersos de lleno en la era de la fotocopia que, aparte de dañar injustamente la industria editorial, hace que el material de lectura se convierta en algo descartable. En un montón de hojas grisáceas que, ni bien se han utilizado para salir del paso en una lección o en un examen, se arrojan a la basura sin ningún remordimiento.

Se habla también, como una de las causas de la falta de lectura, de la crisis económica. Es un argumento muy relativo y bastante débil. Es verdad que

muchos libros nuevos son caros, para el presupuesto común. Pero también lo es que los tomos usados, muchas veces cuestan lo que ese par de cafés que cualquier adolescente se toma a diario en un bar. O que, con demasiada frecuencia, se gasta en cosas pueriles y prescindibles, mucho más dinero que el que demandaría la adquisición de un libro.

Creemos que nuestra sociedad tiene, como una de sus más serias asignaturas pendientes con la juventud, la de despertar en ella el hábito de la lectura. Hábito que empieza en la casa y que la escuela tiene el deber de reforzar y de potenciar. En este último sentido, también es necesario formar al docente, para que lea. Porque, si no lo hace, mal podrá transmitir a sus alumnos un entusiasmo que no experimenta.

Todo esto que he dicho de manera tan desordenada, lleva un único propósito. Exaltar lo que significan estas páginas que tienen muchísimo poder. Pueden traernos a la memoria algún recuerdo que borre tristezas y haga retoñar esperanzas; pueden llevarnos a meditar y a investigar; pueden colmar una inquietud; ofrecernos una explicación sospechada; la azarosa confirmación de una intuición. O quizás, alguna vez, la verdad misma, esa "rara flor de las alturas vertiginosas", como decía Juan B. Terán.

Al poner disponible y grata su biblioteca, el Círculo de Armas ha dado un ejemplo. Ofrece a todos sus

socios la posibilidad infinita de la lectura. Ella podrá darles esa calma interior que los saque de las sugerencias del presente, de sus pasiones engañosas, de sus objetivos de exterior brillante y de interior vacío. Como decía Avellaneda, leamos. Leamos para ser mejores, para cultivar nuestros mejores sentimientos, para corregir nuestras equivocaciones. En sus años altos, Groussac se sentía menos solitario cuando, en los días feriados, caminaba por los desiertos salones de la Biblioteca Nacional, y extraía de tanto en tanto un libro de los anaqueles. Pensaba que, mientras otros buscaban en ese momento el halago o la fortuna, él perseguía lo que encerraban esos tomos. Y, después de todo, quién sabe si no había elegido la mejor parte, se preguntaba. Si esos refugios del espíritu humano no sugerían "la mejor solución de la vida al que la busca sinceramente. Y si, muy por debajo de la ley moral, de la familia y de la patria (que son facetas de una misma verdad eterna) no será cierto que la cultura intelectual es la menos vana de nuestras ilusiones".

CIRCVLO DE ARMAS



EX LIBRIS